

## EUROPA: **¿AMENAZA DE GUERRA?**

Los sucesos polacos en dramática marcha, y las multitudinarias manifestaciones pacifistas registradas en las capitales más importantes de Europa Occidental, ha vuelto a colocar el tema de la guerra en el centro de las preocupaciones internacionales. Ello depende en medida importante de un delicado equilibrio armamentista entre Estados Unidos y la Unión Soviética que haga imposible a uno de ellos ganar una guerra; es decir, se apoya sobre la seguridad de la capacidad de destrucción mutua total. Siendo esta guerra un "todo o nada", se requiere además estar en condiciones de convencer al enemigo de la decisión de usar el armamento nuclear llegado el caso. Es decir, la paz descansa sobre un tácito pacto de suicidio mutuo.

Las dos potencias tienen doctrinas bien establecidas que tipifican las circunstancias en las cuales recurrirían a armas nucleares. En el caso de EE. UU. esta doctrina pretende apoyar el aparato de disuasión militar. Así, todos los gobiernos norteamericanos desde la Segunda Guerra Mundial han reiterado su decisión política de recurrir a armas nucleares y aún de utilizarlas en primer término, si esto fuere necesario, para detener una agresión Soviética. ►

Tal doctrina, que deja abierta la posibilidad de "disparar primero", encuentra su fundamento y necesidad en que la proximidad de la U.R.S.S. a Europa le permite una acción militar decisiva en un muy corto tiempo. La defensa de Europa en la era nuclear ha descansado en el anuncio de esta posición.

La doctrina Soviética sobre la materia, en cambio, está concebida para apoyar su labor diplomática y por lo tanto declara que su arsenal nuclear es sólo de defensa. Denuncia además como imposible la noción de guerra nuclear limitada; afirma que el uso de cualquier armamento nuclear haría escalar el enfrentamiento a una guerra global y que, en este escenario, no hay vencedor posible.

El señor Kissinger, en su obra sobre armamento nuclear y poder político, considera que conseguida una "destrucción mutua asegurada" —posición ésta de equilibrio— el avance de las políticas exteriores de las potencias depende de la capacidad diplomática de cada una de ellas.

Hay algunos signos claros de que la situación de equilibrio militar está siendo afectada en favor del bloque Soviético y que, en el terreno diplomático, la postura "pacifista" de los rusos ha ganado credibilidad en las naciones occidentales, particularmente en Europa.

La situación de desigualdad nuclear, que se ha denominado "período de vulnerabilidad", es el resultado principalmente del número y precisión de las cabezas nucleares que los Soviéticos han sido capaces de producir. A fines del próximo año, éstos tendrán suficientes cabezas nucleares precisas como para destruir, en un primer golpe, todos los cohetes nucleares basados en el Continente Americano. En estas circunstancias, se produciría una extrema disparidad de poderío

nuclear, ya que a EE. UU. sólo le restarían imprecisos misiles, basados en submarinos y bombarderos, los que serían suficientes para destruir sólo un tercio de las armas nucleares Soviéticas emplazadas en tierra, dejando todavía operativa una fuerza suficiente para arrollar todos los centros poblados de EE. UU.

La fuerza nuclear móvil norteamericana es suficientemente poderosa como para destruir, en las circunstancias descritas, todas las ciudades soviéticas. Ciertamente, esto constituye un disuasivo importante para un primer ataque soviético, pero coloca en el lado norteamericano, la responsabilidad de remontar una pérdida de su principal aparato de ataque nuclear, a través de un holocausto total. En consecuencia resulta al menos concebible que después de un exitoso primer ataque soviético, el Presidente norteamericano no apriete el botón que significa la destrucción de Rusia —y luego de su país— concediendo la derrota.

La defensa de Europa supone la existencia de la voluntad política que da credibilidad a la aplicación de la doctrina del "primer golpe nuclear", por una parte y, por la otra, la credibilidad del principio de que un ataque ruso a Europa envolvería una respuesta norteamericana a cada nivel de su desarrollo hasta el uso de misiles intercontinentales.

En la actualidad, las fuerzas rusas aventajan a las de NATO en los tres niveles de guerra, antes de que ésta alcance nivel intercontinental. Tiene una abrumadora superioridad de fuerzas convencionales en el frente europeo; posee un número superior de armas nucleares de alcance corto o de "campo de batalla", y un poder superior en armas nucleares de alcance medio.

La cadena disuasiva se ha roto por

todas las circunstancias explicadas y, en particular, por la vulnerabilidad de EE. UU. a un "primer ataque". En consecuencia, durante algunos años de esta década, los rusos gozarán de la posibilidad de ganar una guerra nuclear a Occidente destruyendo una gran parte de los objetivos militares y dejando a su enemigo sólo con la posibilidad de responder con un ataque a la población rusa, lo que aseguraría la desaparición de la propia. Esta ventaja otorgará una tremenda fuerza a la U.R.S.S. para solucionar las crisis según convenga a sus intereses y potenciar así su influencia.

El triunfo diplomático que la Unión Soviética comienza a obtener, gracias en parte a la sombra que proyecta su enorme poderío militar, se advierte en la convicción de grupos cada vez más importantes, que creen en la intención pacífica de la Unión Soviética o de que ésta sólo desea una Europa neutral. Estas corrientes de opinión han significado para los Gobiernos europeos, una cada vez más difícil labor frente a sus electorados, en cuanto a obtener la aprobación de los presupuestos militares y últimamente para la instalación de misiles Pershing 2 y Cruise en suelo europeo.

Esto último resulta particularmente grave. Fueron los Gobiernos europeos los que pidieron estas armas hace tres años, por constituir una seguridad para ligar la defensa de Europa con la de EE. UU. Su no instalación rompe la cadena de defensa occidental, siendo posible, al menos teóricamente, la existencia de una guerra limitada que divida a Occidente.

El miedo que empieza a calar en Europa en este frío invierno, queda de manifiesto en las últimas marchas pacifistas, cuyos líderes han articulado sus razones con la escasa capacidad de discurrir de quien está sometido a una gran presión psicológica. Estos

ven un peligro mayor en el futuro despliegue del armamento defensivo que NATO aún no ha instalado, que en los 250 SS 20 dirigidos contra Europa, que Rusia tiene en posición y que sigue construyendo a razón de uno por semana.

Entre los grupos pacifistas o partidarios del desarme unilateral, que no dependen de los partidos eurocomunistas, se argumenta en pro de un desarme nuclear total que supuestamente sería imitado por Rusia o bien, lisa y llanamente, se declara preferir la neutralización de Europa o incluso su soviétización, que una guerra.

En algunos países, esta opinión, que nos parece tan extrema, cala hondo en el cuerpo político. En Alemania, en una encuesta hecha hace dos meses, el 48 por ciento señaló preferir vivir en un régimen comunista y evitar una guerra.

El miedo colectivo capaz de alcanzar a gran parte de un país, es probablemente un fenómeno nuevo, propio de la era de la información total. Todas las características de un conflicto nuclear, o al menos de los escenarios probables que de él se tienen a través de los medios de información, conspiran contra cualquier chance para el individuo.

Por comparación, la guerra tradicional parece más humana. En la guerra nuclear, se tiene virtualmente la certeza de morir y de que morirán todos los seres próximos. La guerra tradicional tenía un tiempo y un lugar; se avecinaba; el hombre podía prepararse y el frente de batalla estaba en algún lugar hacia el cual los hombres marchaban para luchar. La guerra nuclear, en cambio, termina con todo en un instante sorpresivo y no tiene tiempo ni lugar. A diferencia de la guerra tradicional, el individuo no tiene chance de vencer y sobrevivir.

El cuadro de tonos oscuros el que hemos pintado en las líneas anteriores, no es sino una descripción realista de una de las mayores fuentes de inquietud mundial.

De una parte, una poderosa máquina bélica manejada por una pequeña camarilla dirigente que actúa y ha actuado siempre impulsada por una doctrina que tiene como imperativo el expansionismo para conquistar nuevo espacio vital en pro de la ideología que la inspira. De la otra, están las naciones que han conocido un mayor grado de libertad para sus individuos que cualquiera otras en la historia y que, sin embargo, han perdido la memoria de lo que es su carencia. Ilumina esta escena la resistencia polaca, que muestra a los europeos, en un primer plano, otra vez más, la represión comunista. Sin embargo, Berlín, Hungría, Checoslovaquia, Afganistán y Polonia no han sido suficientes, al parecer, para lograr que mu-

chos europeos comprendan que el comunismo no tiene varias caras, sino una sola.

No es probable que con nuevos argumentos y cifras que evidencien la preparación soviética para la guerra, se logre dar vuelta la corriente pacifista que cobra impulso ahora en Europa. Sólo una renovada dirección política y moral, que coloque abiertamente a la independencia como primera meta por sobre el desempleo, la inflación o cualquier otra, podrá colocar las mayorías a favor de mantener los esfuerzos de defensa. Para el surgimiento de estos nuevos líderes, resulta indispensable la confianza en la continuidad del proceso de rearme norteamericano; en su compromiso con Europa y, finalmente, en la mantención de negociaciones para la limitación de armamentos, como una real herramienta capaz de alcanzar la paz a través de un equilibrio en las respectivas fuerzas.

# R